

**Claude MOSSE. *La mujer en la Grecia clásica*. Trad. de Celia María Sánchez. Madrid, Nerea, 1990, 201 pp., 14,50 x 20cm.**

El libro se organiza en un prólogo a la edición española, dos partes con sus respectivos capítulos y conclusiones, dos apéndices, notas, bibliografía e índice analítico.

Su lectura resulta accesible, más aún para los conocedores de las fuentes, a las que remite con frecuencia y con cuyos fragmentos ejemplifica la situación secundaria de la mujer en Grecia desde los tiempos homéricos hasta la época helenística. Consciente de las múltiples dificultades para elaborar juicios absolutos ante situaciones desconocidas total o parcialmente, la escritora aclara cuándo se trata de hipótesis, formuladas de todas maneras con rigor y seriedad científica.

En el prólogo, la autora advierte en pro de la objetividad del análisis, sobre la triple necesidad de frenar ímpetus feministas extremados, vincular la posición femenina con la realidad socio-histórica y valerse del protagonismo de la mujer en las obras literarias de la Antigüedad.

La primera parte -"La condición femenina"- está formada por dos capítulos: "La mujer en el seno del *oikos*", y "La mujer en la ciudad". En ellos presenta no sólo esposas legítimas como Hécuba en la *Ilíada* y Helena, Arté y Penélope en la *Odisea*, sino también dispenseras, nodrizas -Euriclea y Eurínome- y sirvientas -Melanto-. Los poetas homéricos muestran a la señora del *oikos* como guardiana y administradora del hogar, sin posibilidad de quejarse y menos de rebelarse, con funciones muy delimitadas y sostenidas así durante siglos.

La exclusión de lo jurídico y lo cotidiano es una constante. En la época arcaica, la colonización no modificó la calidad de vida de las mujeres, llevadas desde la península o indígenas. Ni siquiera en el caso de la fundación de Locros Epizefirios. En cambio, durante la tiranía se

vuelve al comportamiento matrimonial de los tiempos heroicos. Recuerda los casos de la esposa de Periandro de Corinto y de las hijas del tirano de Sición, Clístenes, y de Megacles, el Ateniense.

Se detiene luego en el modelo ateniense del período clásico. Distingue y caracteriza la vida de la hija o esposa de ciudadano -a la que llama "una eterna menor"- . También describe la *engye*, especie de contrato y compromiso entre dos casas y las reglamentaciones relacionadas con la *gameté gyné*, la *epikleros* y la *apotímema*. Demuestra el divorcio entre la teoría y los hechos con tres excepciones, uno de ellos el de Hipareta, la esposa de Alcibiades. Datos significativos: la entrega parcial de la *kyria* al esposo, por parte de padre o hermano, y la posibilidad de recuperarla a instancias de la mujer; la anulación del matrimonio por iniciativa femenina y los numerosos modos de eludir la ley (cf. *Contra Boeto*). Se refiere además a *metecas* y prostitutas o *pornai*. La presencia de cortesanas *hetairas* -Aspasia, Teodota, Neera, Friné, Mirrina, Pitonisa- es un fenómeno elocuente en la Atenas de fines del siglo IV, que se entronca con la riqueza, cimienta de poder. Las esclavas -bien sirvientas u obreras, bien flautistas o bailarinas- estaban subordinadas a sus amos, quienes lícitamente podían hacer ejercer la prostitución como vía fácil de ingresos. Con respecto a Esparta, Mosse analiza tres textos, tomados respectivamente de la *Política* de Aristóteles, la *Vida de Licurgo* de Plutarco y la *República de los lacedemonios* de Jenofonte.

La segunda parte -"Las representaciones de la mujer en el mundo imaginario de los griegos"- examina algunos ejemplos claves. Así, el capítulo "La estirpe de las mujeres" se ocupa de la misoginia de Hesíodo y de Simónides de Amorgos, mal consignado como Simónides. (Como no contamos con el texto original, no sabemos si el error corresponde al autor o al traductor.) Trae a colación el mito de Pandora en *Los trabajos y los días* y la ya 'clásica' enumeración de los diez tipos femeninos creados por los dioses en el *Yambo de las mujeres*, ambos, eco de la permanencia de valores aristocráticos en la etapa arcaica, persistencia evidente también en Safo.

El capítulo siguiente -"El teatro, espejo de la ciudad"- estudia

la presencia femenina en la tragedia y en la comedia. Todos los casos expuestos revelan que, cuando las mujeres repudian sus funciones tradicionales -procreación y administración del hogar-, cometen hHybris y hacen peligrar el orden establecido. Es la misma imagen concebida en época homérica y hesiódica, decididamente inferior al hombre en los aspectos moral e intelectual. Menandro es el único que revaloriza esta imagen, aunque no varíe la situación social.

El tercer capítulo de esta parte, “La mujer en la sociedad utópica”, evoca brevemente la mayor participación en administración, educación y seguridad en los dos modelos platónicos de ciudad ideal. Resulta difícil evaluar en su justa dimensión cuánto hay de originalidad en el filósofo y cuánto es reflejo de una nueva realidad.

El primer apéndice plantea el problema de la dote y trata sobre el origen, significado y prácticas de los *hedna*, *pherné* y *proix*. El segundo considera las relaciones homosexuales y reflexiona sobre el amor y la sexualidad en la vida de la mujer griega antigua.

En síntesis, un libro cautivante por su temática, generoso en la bibliografía asentada, oportuno en sus ejemplos, convincente en sus argumentos, motivador para una posterior polémica. Su objetivo es demostrar cómo la *polis* es un ‘club de hombres’ y lo logra. Asimismo consigue estimular al lector para continuar con las investigaciones. Encomiable mérito, a nuestro juicio.

*Elbia Haydée Difabio de Raimondo*